

no ponerlo en mayor sujecion, para dejarlo comer en paz, para no hacerlo padecer. Pero, como él no miraba á nadie, todos lo miraban á él, observaban todos sus movimientos, todas sus acciones, leían en su frente lo que pasaba en su alma, y aquella rusticidad ingénuo y temerosa, aquel estupor, aquel aturdimiento, aquella tierna y reverente gratitud, que de vez en cuando resplandecian en una leve sonrisa ó en una mirada fugaz, les inspiraba una especie de suave compasion y grata complacencia.

El generoso anciano le preguntaba sobre las vicisitudes de la guerra, el campamento, las marchas, el cuerpo en qué servía, y él contestaba con un lacónico sí ó no, con una sonrisa, con un gesto que comenzaba y no sabia concluir, entre una pregunta y otra. Cuando suponía que todos los ojos estaban fijos en él, tomaba el cuchillo ó el tenedor, y hacia como que lo observaba atentamente. Al final de la comida, al tomar café, dejó caer una gota en el mantel.

—¡Ay, Dios mio! exclamó enteramente turbado, dispéñenme, no lo hice de propósito.—Y volviéndose hácia el amo de casa, llevóse una mano al pecho.—Pobre muchacho,—dijo en su interior la hermana: y llevó el vaso á los labios para ocultar la pequeña alteracion que aquella idea compasiva hubiera podido producir en la austera gravedad de su semblante.

Levantáronse de la mesa.—Ahora... dijo el soldado, en actitud de marcharse.

—¿Ahora?... preguntaron los demás, aguardando que concluyese la frase.

—Me es preciso...

—¿Qué?—preguntó cariñosamente el patron.

—Me es preciso partir.

—¡Oh!

—De toda precision.

—¿Cómo, cómo? ¿y por qué?—prorumpieron el padre y los hijos. Tendrá que quedarse aquí esta noche. No se halla aún en estado de ponerse en camino. Necesita dormir y descansar, y despues, con este tiempo, es imposible...

—Dispéñenme...

—Pero con este tiempo es imposible que se ponga V. en marcha: ¡oiga!...

Y todos callaron. La lluvia caía á cántaros. Oíase la golpear los cristales de las ventanas, y soplaba un viento de mil diablos.

—¿Ha oído? ¿Cómo quiere partir con este diluvio y con esta oscuridad, que no se ve un palmo mas allá de las narices?...

—Escuchen ustedes: he estado ya aquí demasiado tiempo; sabe el cielo que permanecería aún... ¡Ya lo creo!—y se sonrió;—pero si mañana bien temprano no estoy en Plasencia, me meterán en el calabozo... Y ahora, caminando á

buen paso, todavía tendré tiempo de alcanzar al regimiento... Si tardo un poco más...

—Pero, no se siente bien, se le conoce en la cara...

—Sí que me siento bien; de veras, me siento bien ahora: déjenme ir...

—No, no puede ser, haría muy mal en dejarle ir. ¿Y si perdiese el camino? ¿y si le faltan las fuerzas á mitad del viaje? Quédese, siga V. mi consejo. Se lo doy por su bien. Si creyera que podía partir sin riesgo, yo sería el primero en aconsejarle que se marchara; pero cansado y enfermo como está, con este tiempo, á esta hora, créame, no le conviene ponerse en camino. Permanezca aquí con nosotros, dénos este gusto; se lo pedimos por su bien.

El soldado estuvo un momento pensativo.

—No, no—prorumpió despues de repente.—No puedo, señor: mañana temprano tengo que estar con mi regimiento; puedo alcanzarlo aún. Escúsenme: no puedo; tengo que partir.

Y se dirigió apresuradamente á la sala de entrada; detrás de él la familia con luces. Púsose el capote, calóse el képiš, ajustóse el cinturón, echóse á la espalda la mochila... pero, de improvisó, las rodillas se le doblaron, dejó caer la mochila al suelo, y apoyóse á la pared.

—¿Lo ve V.? ¿lo ve V.?—se apresuraron á decir todos.—¡Ve V. cómo no está bien, como no

se encuentra en estado de marchar, que tiene necesidad de dormir!

El soldado calló.

—Quédese—repuso el dueño de casa, cogiéndolo por un brazo.—Duerma aquí. Mañana le despertaré temprano y le daremos una carta para el coronel, á fin de justificar el retraso...

El soldado sonrió.

—Quédese V., se lo rogamos por su salud; es necesario que descanse. ¿No es verdad que se queda V.?

El soldado estuvo un rato meditando, y luego quitándose el képiš y el cinturón, exhaló un suspiro, y dijo:

—Me quedaré.

—¡Loado sea Dios!—exclamó el patron, y le estrechó la mano.—Pobre muchacho, pensó su hermana, y previendo una mirada del buen viejo, volvióse hácia la ventana como para ver si llovía aún.

Pocos minutos despues, el amo de casa, precediendo al soldado con una luz en la mano, lo condujo á la puerta de un elegante gabinete, y dijo:

—Entre usted.

El soldado entró, y despues de mirár aquel aposento, volvióse á su patron y le clavó los ojos en el rostro, interrogándolo.

—Dormirá V. aquí, le dijo sonriendo el anciano.

—¿Aquí?

—Sí.

El soldado hizo un ademán de sorpresa y casi de disgusto.

—Este no es sitio para mí, señor patron, hágame dormir en otro cuarto. Aquí no podré atrapar el sueño: créalo, estoy acostumbrado á dormir en el suelo; se lo ensuciaría todo; ¿aquí?... Déjeme que duerma en otro sitio.

Y estos ruegos estaban proferidos con acento tan humilde y suave, que llegaban al alma. El patron lo miró un momento, y despues, disimulando su emocion contestóle que no habia otro cuarto disponible, y que tenía que dormir en aquel gabinete.

—Dormiré en la cocina.

—¿Qué os parece? Enviaros á dormir á la cocina, yo que os cedería mi cama, si no tuviera otra que daros; y despues... en la cocina duerme la criada.

—Entonces... entonces dormiré allá afuera.

—¿Dónde, allá afuera?

—En el patio.

—¡Oh!

—Estaré bien, no lo dude. En primer lugar, me encontraré á cubierto, y despues, llevo la manta y la mochila para apoyar la cabeza, y luego, yo estoy acostumbrado á dormir al fresco y... y por la mañana estaré más dispuesto á

marchar. Sí, hágame el favor de dejarme dormir allí.

Y estuvo esperando la respuesta en una actitud de timidez y de ansiedad pueril, y con tal expresion de súplica que el anciano se sintió conmovido hasta el fondo del alma, miró á su huésped, y sintió que el corazon le palpitaba como si quisiera salirsele del pecho. Experimentó un impulso como de una mano generosa que lo empujase hácia el soldado, extendió los brazos, los retiró, y estrechando rápidamente su mano:

—Buenas noches, le dijo con voz ahogada, y desapareció.

—Buenas noches, repitió el soldado, y quedó atónito en medio del gabinete, con los ojos clavados en la puerta. Sacólo del ensimismamiento un leve rumor que oyó á sus espaldas; volvióse, era un hermoso reloj de pared. Lo miró un rato y despues volvió los ojos á la cama: una hermosa cama, con sábanas muy limpias y cortinas de indiana. Miró la mesa de noche: sobre ella habia una elegante lamparilla que, esparciendo por las paredes y los muebles templado resplandor, embellecia con aquel velo de misterio su esplendidez. Contemplábalo todo con la boca abierta y los brazos colgando; parecíale soñar.

Cuando se repuso de aquel asombro, pensó detenidamente en sus patrones. Acordóse de todas las galanterías que le dispensaron. Parecióle que

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 D. A. N. S.

le sonaban de nuevo en su oído todas las palabras afectuosas que le habían dirigido. Se acordó del regimiento, de la marcha, de la lluvia, de su desmayo, miró otra vez alrededor, juntó las manos con ímpetu, lanzó del pecho un acento convulso, que tenía algo del gemido y algo de la risa. Su corazón estaba tan lleno de ternura, que para hacerlo desbordar no le faltaba más que una idea. Aquella idea se le presentó. Pensó en otra casa, en la suya, y aquel pensamiento promovió en su corazón una emoción tan profunda, que cayó á la orilla de la cama con el rostro entre las manos.

Poco después estaba cómodamente tendido, y dormía. Aquel semblante tosco y bronceado, bañado por la suave luz de la lámpara, hacía singular contraste con la blancura purísima de la almohada en que descansaba, y aquel capote lleno de lodo y las otras pobres ropas resaltaban de un modo extraño sobre una silla tapizada de seda en aquel gabinete lujoso y coqueton.

Dormía con sueño tranquilo y reposado. Tenía la frente ligeramente fruncida, quizás soñaba en el gesto airado con que le recibiría su capitán á la mañana siguiente. Pero en sus labios vagaba leve sonrisa: quizás junto al capitán parecióle ver á sus patronos en actitud de pedir gracia por él.

—Duerme en paz, pobre soldado, no irás mañana al calabozo. No, no fué tuya la culpa, si

has faltado fué... una desgracia; sí, pobre soldado, sí, duerme en paz.—Y bien, ¿qué te parece? preguntó el amo de casa á su hermana, después de hacerle una descripción enfática de la escena que acababa de ocurrir. Probó ella á sonreír, y contestó:

—No está mal.

—¿Nada más que eso?

—Nada más; ¿qué otra cosa quieres que te diga?

El anciano se dirigió á su alcoba, moviendo la cabeza en actitud compasiva. Ella quedó un momento meditabunda, después movió también la cabeza, murmurando:

—¡Pobre muchacho!—y se fué á dormir.

Al día siguiente, cuando el magnífico reloj del salón tocaba las siete, nuestro soldado, completamente vestido y armado, despedíase de sus patronos, que le rodeaban en la sala de entrada.

—Con que...

—Con que buen viaje, dijeron á la vez el padre y los hijos.

—¡Buen viaje!—repitió maquinalmente el soldado suspirando.

—Y cuídese, mire por la salud, y si algún día vuelve por aquí, venga á hacernos una visita. Tendremos en ello mucho gusto. Y si no vuelve á pasar por aquí... entónces, entónces, acuérdesse alguna vez de nosotros.

—¡Sí me acordaré!... siempre, siempre me acordaré de esta casa, siempre!...

—Y si necesita alguna cosa, si pudiéramos ser útiles en algo, cuente con nosotros como si fuese de la familia, sea para lo que fuere, sin temor ni cumplimientos.

El soldado estaba oyendo con el semblante atónito y convulso.

—¿Ha oído V.? Escriba cuanto le ocurra ó haga que le escriban cuatro renglones...

—Yo sé escribir algo, dijo muy contento el soldado.

—Magnífico, me alegro, nos entenderemos mejor; pero... ¡cuán distraído soy! Olvidaba preguntarle el nombre, y sacó del bolsillo una cartera.

—Yo lo escribiré, yo lo escribiré, prorumpió el soldado, contento y orgullosísimo de demostrar que sabía escribir. Dejó el fusil á un lado, registróse la faldriquera, sacó una carterita mugrienta y un pedacito de lápiz, que apenas podía tenerlo entre los dedos; apoyó los codos en el ángulo de una mesilla, y se puso á escribir su nombre con letras como lentejas. Cuando concluyó, arrancó la hoja, echóle una última mirada, y alargando el brazo, la entregó al patron.

—¡Magnífico! gracias, respondió éste, y escribiendo su nombre, dióselo al soldado. Él se metió el papel en la faldriquera, con la actitud y el

semblante de un devoto que recibe la reliquia de un santo, y despues balbuceó:—Ahora...

Tenía algo que decir; pero no se atrevía.

—Diga, diga, sin empacho.

—Yo... escuchen... son tan buenos, que me dispensarán... comprendo que soy un atrevido en pedirlo... despues de tanto como han hecho por mí... pero... me parece que no puedo pasar sin ello, ¿qué sé yo?... porque..., y sonreía, y bajaba la cabeza, y se apretaba los dedos, y abría la boca para hablar, y en seguida la cerraba, porque no estaba satisfecho de la frase que iba á pronunciar, y buscaba otra, y no la encontraba...

—No tenga temor, amigo, ¿no se le ha dicho que debe considerarse como de la familia?

—Pues, bien... quisiera pedirle un favor (y miró al patron); si pudiera hacérmelo... un favor que... se echará á reir y con razon, pero, ¿qué quiere?... no puedo dejar de pedírselo. No lo echaré á perder, lo pondré en la mochila, en medio de la ropa blanca, lo conservaré con cuidado, no lo enseñaré á nadie, me contentaré con mirarlo yo solo...

—¿Pero, de qué se trata?

El soldado extendió la mano hácia el patron y retirándola en seguida é inclinando la cabeza, como hacen los niños cuando piden algun juguete precioso, con la seguridad de que no se les ha de dar, murmuró rápidamente:—Su retrato.

—En seguida, en seguida,— exclamó el anciano, marchó, volvió con la fotografía y se la entregó. El pobre soldado parecia estar fuera de sí, y mirábanlo enternecidos todos los demás.

Despidióse pronunciando algunas palabras sueltas y sin sentido. Bajó rápidamente la escalera, cruzó el jardín, llegó á la puerta, se detuvo, se volvió para dar el último adiós á aquella casa bendecida, y vió... á toda la familia asomada á las ventanas, que lo miraba y lo saludaba con la mano, gritando:— ¡Buen viaje, adios, adios!

Permaneció un momento inmóvil, como ahogado por la emocion; despues se repuso, buscó una manera de responder á aquella última é inesperada salutación, pensó, pensó...

— ¡Ah! gritó luégo con trasporte de júbilo; metió la mano en la faldriquera, sacó el retrato; lo enseñó extendiendo el brazo, lo besó tres veces y echó á correr.

— ¿Y bien, hermana?— preguntó el amo de casa sonriendo, pero con la voz insegura.

La hermana sacó del bolsillo el pañuelo.

— Lo habria jurado; exclamó el viejo golpeándose con el puño la palma de la mano.



UNA PEDRADA.

PRINCIPIABA á oscurecer; todas las calles de la ciudad hormigueaban de gente; las tiendas que por la noche suelen quedar abiertas, estaban ya casi todas cerradas, y las demás se iban cerrando una tras otra. Acá y allá, en las plazuelas, en las enrejadas de las calles, á la puerta de los cafés, en las gradas de las iglesias, habia grupos de hombres y muchachos, que hablaban en voz baja, volviéndose de vez en cuando para ver si algun rostro sospechoso atendia á la conversacion. A cada momento salia gente de las casas, deteníase un momento en el umbral, miraba á un lado y á otro, como incierta de la direccion que debia de tomar, y despues se mezclaba perdiéndose en la muchedumbre.